Universidad Veracruzana

Clivajes
Revista de Ciencias Sociales

Ernesto Hernández Sánchez
Unidad de Análisis de Contexto de Búsqueda de Personas en la Cuidad de México
ernestohersaubbj@gmail.com.mx
ORCID ID: https://orcid.org/0000-0003-3912-0942

Mambo y el cuidado de los migrantes haitianos en la Ciudad de México: prácticas mágicas de sus comunidades

doi: 00.00000/clivajesrcs.i00.0000
Fecha de recepción: 4/05/2026 Fecha de aceptación: 18/06/2026

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Número 21, agosto-diciembre 2024, pp. 75-90
https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/0000/0000
Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

CC BY NC ND

Mambo y el cuidado de los migrantes haitianos en la Ciudad de México: prácticas mágicas de sus comunidades

Autor:
Ernesto Hernández Sánchez
Unidad de Análisis de Contexto de Búsqueda de Personas en la Cuidad de México
ernestohersaubbj@gmail.com.mx
ORCID ID: 0000-0003-3912-0942

Resumen
Este ensayo explora algunas de las estrategias de las comunidades haitianas para asentarse en la Ciudad de México. Estas estrategias pasan por mecanismos autóctonos de pensamiento religioso y prácticas de vudú, que sirven al mismo tiempo para su movilidad y su asentamiento. Busca comprender la importancia de que el Estado reconozca estas estrategias para reconocerles y permitirles una mejor movilidad y asentamiento.
El ensayo inicia con la comprensión y ruta del tema de la inmigración en la Ciudad de México como un fenómeno que ahora integra patrones de movilidad y asentamiento donde solamente había rutas de paso hacia los Estados Unidos. La diferencia estriba en que las comunidades migrantes haitianas tienen mecanismos de asentamiento cuyos intereses están dirigidos tanto a México como a los Estados Unidos. Se explora una propuesta sobre cómo estudiar a estas comunidades haitianas con un sentido más etnográfico, enfocado en el marco del pensamiento religioso y la organización familiar de estas comunidades. La intención es proponer que el estudio de los inmigrantes en la Ciudad de México debe ser cuidadoso con las diferencias culturales, entendiendo que tienen como finalidad la protección de estas comunidades y la conservación de sus lazos internos.
Palabras clave: haitianos, migrantes, vudú, movilidad, asentamiento.

Mambo y el cuidado de los migrantes haitianos en la Ciudad de México: prácticas mágicas de sus comunidades

Abstract

This essay analyzes the settlement strategies of Haitian migrant communities in Mexico City. It argues that Vodou practices and religious beliefs play an important role in mobility, protection, and social integration. The text explores how Mexico has shifted from being only a transit country to also becoming a destination for migrants. Through an ethnographic perspective, the essay examines the cultural and family organization of Haitian communities. It highlights how magical-religious practices help migrants confront violence, insecurity, and institutional persecution. The story of the Marcand family illustrates the relationship between migration, spirituality, and survival. The essay also discusses the limited capacity of the Mexican State to understand and protect migrant populations. Haitian migrants are presented as active social actors who contribute economically and culturally to urban life. Their integration depends not only on labor opportunities, but also on community solidarity and symbolic practices. Finally, the essay proposes that migration policies should recognize cultural differences and the importance of religious worldviews in migrant adaptation processes.

Key words: Haitians, migrants, vudu, movility, settlement.

Mambo y el cuidado de los migrantes haitianos en la Ciudad de México: prácticas mágicas de sus comunidades

Résumé

Cet essai analyse les stratégies d'installation des communautés migrantes haïtiennes à Mexico. Il soutient que les pratiques du vaudou et les croyances religieuses jouent un rôle essentiel dans la mobilité, la protection et l'intégration sociale. Le texte montre comment le Mexique est passé d'un pays de transit à un pays de destination pour les migrants. À travers une approche ethnographique, l'étude examine l'organisation culturelle et familiale des communautés haïtiennes. Les pratiques magico-religieuses permettent aux migrants d'affronter la violence, l'insécurité et la persécution institutionnelle. L'histoire de la famille Marcand illustre les liens entre migration, spiritualité et survie. L'essai souligne également les limites de l'État mexicain dans la compréhension et la protection des populations migrantes. Les migrants haïtiens sont présentés comme des acteurs sociaux qui participent activement à la vie économique et culturelle urbaine. Leur intégration dépend autant des possibilités de travail que de la solidarité communautaire et des pratiques symboliques. Enfin, l'auteur propose que les politiques migratoires reconnaissent les différences culturelles et l'importance des visions religieuses dans les processus d'adaptation des migrants.

Mots-clés: Haitiennes, migrants, vaudou, mobilité, réglemnet.

EL RECORRIDO DE PAULA

Cada día, Paula va hacia su trabajo desde la zona norte de la Ciudad de México hasta el centro de la ciudad. Trabaja en la Agencia Digital de Información Pública (ADIP). Este recorrido de una hora de trayecto es una buena oportunidad para ella de prepararse y hacer su trabajo que consiste en identificar algún fenómeno y darle explicación. Suena un poco raro, pero así es. Ahora está pensando en qué tipo de información se necesita para conocer el proceso de asignación de préstamos que tienen los bancos de origen español, diferentes de los bancos mexicanos o estadounidenses. Piensa en ello mientras camina hacia el metro. Pasa con Baptiste a comprar un jugo de naranja. Algo que descubrió es que el joven haitiano que le vende el jugo le pone pimienta, algo que le gustó a Paula. "Es exótico –reconoce–, pero sabe bien".

Llega al metro y ve a una pareja de colombianos que identifica inmediatamente por su acento. Le piden su ayuda para entrar porque no tienen una tarjeta de acceso. Paula les dice que sí y los orienta porque van hacia la Terminal de Autobuses del Norte.

Dentro del metro, Paula se sienta junto a una mujer coreana –lo sabe porque reconoce su alfabeto en el teléfono que está usando– que lleva una gran mochila y se dirige al centro también. Paula sabe que en la zona de la Lagunilla, Tepito, Morelos, Peralvillo y Balbuena hay gran cantidad de personas coreanas comerciando y contratando empleados mexicanos.

Cuando baja del metro en La Raza, Paula ve un campamento de venezolanos a lo largo de la vía, de estación a estación. "Es un lugar grande, debe haber ahí más de mil personas", me comenta.

Sube al trolebús que recorrerá la avenida comercial más importante del centro histórico de la Ciudad de México: el eje central. Ahí viajan varias familias chinas y haitianas, los nuevos usuarios del transporte en la ciudad. Percibe sus diferencias: su color, su olor, su forma de vestir y desde luego el idioma. Son muy distintos del pasajero común. Cada día, quienes viajan por aquí se acostumbran un poco más a estos nuevos rostros.

Muchos ya son vecinos, comerciantes, compañeros de trabajo. Paula ve a un grupo de haitianos que se hablan en criollo y español comentando un partido de fútbol y las retas que piensan hacer nada más lleguen al deportivo José María Morelos y Pavón de Peralvillo.

Conforme llegan al centro de la ciudad, en la zona de Garibaldi baja mucha gente y entre ellos el grupo de futbol haitiano y algunas familias chinas que tienen negocios en la zona. Por Bellas Artes, junto a una de las esquinas más bellas de la ciudad, descienden más chinos. Justo donde Paula baja, en Las Vizcaínas, hay grandes almacenes chinos y coreanos, así como multitud de haitianos, hindúes y colombianos trabajando. Sabe que la fonda donde come es de venezolanos, donde reparó su teléfono es un negocio de coreanos y el amable bolero que a veces le da grasa es un haitiano.

Paula busca comprender todo eso mientras atraviesa la plaza de Las Vizcaínas y llega a su lugar de trabajo. Se acerca a su escritorio mientras prende la computadora y se quita la pesada bolsa con su comida y sus cosas personales. Sabe que tiene que comenzar un proyecto sobre ¿qué? Sobre algo de unos bancos, pero continúa pensando en el continuo ir y venir de todas personas que nacieron en otro lugar y están aquí.

Al llegar, abre su base de datos sobre inmigrantes en la Ciudad de México. Es nada más curiosidad. Ver qué hay de nuevo en ese tema. Alguien debe estar registrando todos esos cambios. En bases de datos de su unidad de trabajo no encuentra casi nada. Todo lo que se escribe tiene la pinta de estudios sobre criminalidad. Hace un gesto de "Bueno, qué le vamos a hacer" y abre otra página para consultar qué estudios se han hecho sobre el ahorro en España y en qué podría ser diferente de los modos en que se ahorra en México, pero nota de inmediato que le aburre. Paula sabe que, como dicen sus colegas, la burra masca del otro lado y que los temas que pueden ser importantes de estudiar viajan con ella, venden jugos, juegan futbol y tienen almacenes con las cosas más increíbles para ver.

LA MOVILIDAD Y SU RELACIÓN CON EL ESTADO MEXICANO.

La movilidad es un tema que ha ganado terreno como una forma concreta de describir a la población en movimiento. Su dirección, su ritmo y su destino, pero también, y eso es lo que más me interesa, sus motivos para salir, para continuar en la movilidad y para llegar a determinados espacios. La movilidad es una estructura que sostiene varios temas como la economía, la política y la cultura. Nos dice además cómo las personas en movimiento pueden ser vistas desde la perspectiva de una *roadmovie*, esas películas de la carretera donde el protagonista es desafiado por el camino y sus aventuras tienen que ver con cómo es, pero también con lo que se encuentra en el andar continuo.

Cuando platiqué con Paula, estaba buscando diseñar una herramienta para conocer quiénes son los migrantes de la ciudad de México. Discutimos cómo sería la mejor manera.

En México, en el 2023 se registraron 21 mil 464 eventos de migración irregular (ingresaron sin papeles o con un permiso humanitario) de haitianos en el país, un aumento del 377% respecto a los datos de años anteriores, según datos de una Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas. ¿Cómo pasó esto?

Existe además la presencia de muchas otras nacionalidades en el país: colombianos, venezolanos, hindús, coreanos y una más tradicional migración centroamericana, más la migración nacional en la que prácticamente todos los estados de México participan.

Los datos estadísticos muestran aumentos en el flujo de migrantes, pero también los indicadores de servicios, empleo, transporte, educación y salud. Todo junto muestra un cambio fundamental en el proceso de movilidad de estos migrantes. En su conjunto han hecho de México un país híbrido de

paso y de destino. Es lo que llamo un archipiélago de inmigrantes, los retos que afronta el Estado con los nuevos tipos de migración.

Cuando Robert Redfield escribía sobre los mexicanos en Chicago a principios del siglo xx (Arias y Durand, 2008), describía las condiciones de racismo y discriminación por parte de la variopinta población local y los diferentes niveles de gobierno. Hacía referencia a los diferentes procesos de legitimación que ocurrían dentro de los espacios económicos con los que los mexicanos presionaban para su integración al panorama local. El trabajo, la organización protosindical y el consumo eran categorías que Renfield describía como importantes al momento de hablar de las comunidades mexicanas en esa ciudad.

A mi parecer, el proceso de asentamiento de los mexicanos en Chicago pasó por tres etapas: la llegada y su recibimiento por parte del Estado y de la población local, su rapidísima integración a la industria local, en especial a los ferrocarriles, donde demostraron que se trataba de una comunidad trabajadora y lo suficientemente sumisa como para no representar un desequilibrio en la economía local. Finalmente, el reconocimiento por parte del gobierno de la ciudad y del estado de Illinois que más tarde les permitiría prosperar en espacios como la educación y la salud.

Estas etapas, han sido repetidas en varias ocasiones, creando una especie de patrón, que no necesariamente es así de riguroso, pero que representa etapas de asentamiento de migrantes en diferentes ciudades. Desde lo que signaba Redfield, hasta la vasta literatura transnacional a mediados de los años noventa (Durand, 2017), la migración hacia las ciudades se ha procesado como una estrategia de asentamiento cruzada por la economía, lo social y lo cultural, en ocasiones como una nueva manera de hacerlo, en otras como una integración.

Menciono esto porque he intentado sistematizar la llegada de varios grupos de inmigrantes a la Ciudad de México, buscando comprender de qué manera ocurre, pero ha sido complicado debido a que el gobierno de la Ciudad de México registra de forma voluntaria a los migrantes, a través de la Secretaría de Inclusión y Bienestar Social. Lleva a cabo registros en puntos de entrada y salida de la ciudad y acude a campamentos y asentamientos irregulares. Sin embargo, la penetración de migrantes como los haitianos y los venezolanos desborda este tipo de controles y solo queda integrar nuevas formas de documentación. Este ensayo propone que la información que se obtiene de los migrantes que llegaron para asentarse en la Ciudad de México y otros puntos del país debe verse como un reto etnográfico, es decir, desde la mirada participativa y objetiva sobre su cotidianidad y procesos internos.

En ese sentido, las particularidades culturales y sociales de los migrantes en la ciudad de México, especialmente las de los haitianos, deben ser entendidas como estrategias de inserción, resistencia e integración en una sociedad que, si bien los ha visto de manera muy positiva, sigue sin conocerlos plenamente.

Ahora bien, conocer a una comunidad migrante de la manera más completa posible asegura que sus derechos más elementales sean respetados de manera adecuada, que sus necesidades, así como sus aportes, se integren a la sociedad receptora (Fuentes Reyes y Ortiz Ramírez, 2012).

Esto significa que el Estado mexicano debe lograr la mayor comprensión posible de las comunidades que llegan a su entorno, así como reconocer su obligación de respetar sus derechos humanos. En sí, esta tarea es doble. Se da por sentado que la condición de estos grupos de migrantes o comunidades les garantiza sus derechos más básicos, pero se dificulta cuando su ilegalidad, su condición de movilidad y su vulnerabilidad les imposibilitan estar en el centro de atención de las políticas de derechos humanos en el país.

El principal reto, me parece, es conocerlos en la medida en que su paso, su inserción y su colaboración con la ciudad es central para ambas partes, así sea si se encuentran de paso o con miras a asentarse definitivamente. Cuando me encontraba dando una primera mirada a las comunidades haitianas que se encontraban en la ciudad, fue muy claro que solamente era la academia, en sus diferentes fases, la que se encontraba estudiando el fenómeno, pero la conexión con el Estado no era muy perceptible. De la misma manera, los estudios estaban orientados a entender desde su viaje de su lugar de origen, hasta los posibles destinos y las políticas que hicieron esto posible.

El estudio de las comunidades migrantes haitianas en México inició ante la desconcertante realidad de miles de haitianos, unos 17 mil, que se encontraban en la frontera norte del país y solicitaban asilo en Estados Unidos (Montoya Ortiz y Sandoval Forero, 2018). Lo que se presentó a partir de ese momento fue un fenómeno diferente a la migración centroamericana o la migración de paso por el país. Aunque el destino de los haitianos eran los Estados Unidos, a su paso por México consolidaron pequeños enclaves, lo que provocó que algunos se quedaran y comenzaran a interactuar de una manera más intensa.

El cambio representado por la migración haitiana en diferentes espacios de México introdujo un nuevo modelo que es necesario comprender, como he mencionado líneas arriba, para que el cuidado de sus derechos humanos, la política humanista de cuidado y aceptación de nuevas comunidades en la sociedad mexicana se conviertan en acciones cotidianas de la realidad social.

En ese sentido las comunidades haitianas constituyen, con otros grupos –coreanos, venezolanos, colombianos y especialmente chinos–, un archipiélago que es al mismo tiempo funcional, intrusivo y complementario en la Ciudad de México. Es una cuestión nacional que exige coordinación a varios niveles de gobierno para resolverlo.

Una primera cuestión es por qué se necesitaría resolver la migración de haitianos a México. Lo digo en el sentido de incorporar a estos nuevos grupos a las dinámicas sociales y preparar a la sociedad mexicana para ser mucho más receptiva. Sin embargo, no es la sociedad a quién le corresponde dar el primer paso; es el gobierno mexicano quien debería estar atento, estudiando y vigilando la evolución del fenómeno para comprender qué tipo de políticas se necesitan para su incorporación y su cuidado, así como para lidiar con los problemas que invariablemente se presentan.

Esta situación exige la coordinación de varios niveles de gobierno, su continuo diálogo y la adecuación de las políticas migratorias en el país, que no son necesariamente claras en cuanto a la llegada

y establecimiento de comunidades migrantes en el territorio nacional. Mi principal preocupación es que esta coordinación esté cruzada por el prejuicio de que los migrantes haitianos representan un riesgo para la vida social en el país.

Los migrantes haitianos vivían, en su lugar de origen, dentro de un marco de violencia y pobreza. Además, el terremoto del 12 de enero de 2012 provocó la salida de miles de damnificados hacia Brasil para trabajar en la construcción de estadios para el mundial de fútbol 2014 y tener como destino principal los Estados Unidos; este país emitió un estatus de protección temporal para quienes pudieran llegar a ese país hasta un año después del terremoto y así fueran recibidos con la categoría de refugiados. Sin embargo, miles de haitianos recorrieron durante años el continente americano para poder llegar a Estados Unidos, muestra de ello es que los primeros llegaron a México en 2016.

La experiencia mexicana para recibir migrantes quedó establecida desde la llegada de españoles desterrados de la Guerra Civil en 1936. Se originó entonces la Ley General de Población que los incorporaba de manera completa a la vida civil mexicana. Pero da la impresión de que desde entonces no se ha movido mucho la legislación. Existen diversas modificaciones a la ley que han sido ajustes correspondientes a la percepción general del fenómeno, como en 2011 con la Ley de Migración que incorporó una política de derechos humanos a los extranjeros en el país y que garantiza el respeto a su condición; además, la movilidad establecida desde 2018 que asegura el buen paso de las comunidades migrantes por la Ciudad de México, correspondiente a la Ley de Movilidad publicada en abril de ese año.

Considero que una política centrada en el estudio y conocimiento de las poblaciones migrantes que residen en México y lo habitan, en el sentido más amplio de aportar, producir y consumir dentro de la sociedad mexicana, tomaría en cuenta las diferencias esenciales, procurando integrarlas de la mejor manera. Aún nos encontramos en la mínima reacción frente a este fenómeno, improvisando la mayoría de las veces, lo que produce que otros actores sean quienes se encarguen de estas comunidades de migrantes. La lógica del cambio afecta a un país que era de paso o expulsor a recibir grandes cantidades de migrantes.

México ha sido históricamente un país expulsor de migrantes, su territorio es atravesado por migrantes de paso que buscan llegar a los Estados Unidos. Ese objetivo es el mismo de millones de mexicanos que están viviendo en los grandes territorios del norte, en ciudades y campos de cultivo, en los espacios de producción de los estadounidenses y millones se benefician de este rol productivo a través de las remesas, del intercambio de valores y del aprendizaje mutuo de la intensa actividad migrante entre ambos países.

México también es un país de paso, una larga vía que debe ser atravesada a costos enormes por migrantes de todo el mundo. Los haitianos también son parte de estas prácticas e inician su recorrido desde la frontera sur, acompañados de miles de personas de variadas nacionalidades por los caminos geográficos, políticos, económicos y culturales del país. Se arriesgan a ser devorados por las instituciones y las organizaciones criminales y aquí es donde quiero detenerme un poco.

El problema más concreto que puedo identificar es el de que los grupos delincuenciales sean quienes organicen la migración: explotan a los migrantes y los extorsionan, los secuestran, los desaparecen. En los reportes civiles de migrantes desaparecidos en su tránsito por México, los haitianos han participado de ambos bandos: han sido tanto individuos que se asocian con el crimen organizado, como víctimas de otros grupos delincuenciales.

La delincuencia organizada es capaz de definir rutas de trasiego de migrantes, los medios en que se transportan y las formas en que van llegando, se instalan y trabajan y vuelven a moverse (Montoya Ortiz y Sandoval Forero, 2018); de la misma manera deciden sus tiempos y movilidad y los sitios de destino. Los migrantes haitianos han denunciado, hasta donde pueden, el acoso del que han sido víctimas en su recorrer el país. En mi opinión, una de las razones por las cuales se han asentado en México es porque han sido víctimas sistemáticas de la delincuencia y les parece una mejor estrategia establecerse en comunidades capaces de integrarse rápidamente a la población local.

La otra razón es la experiencia ganada como migrantes en otros países durante quince años, lo cual no invalida mi razón anterior.

Las comunidades de haitianos en México se han establecido desde un principio, es decir, desde que llegaron en 2016. Esta práctica se ha mantenido a lo largo de casi diez años en una constante movilidad hacia la frontera norte y hacia varias ciudades en el resto del país. Esta reacción, la de establecerse, ha sido un poco sorpresiva para la población local, la cual ha recibido, en mayor medida, de buena gana a estos vecinos de hablar diferente y que no tienen nada que ver con la tradicional migración centroamericana.

Sus primeros destinos en México fueron Tijuana y Mexicali, esperando cruzar hacia la frontera; aunque muchos lo hicieron, también muchos otros decidieron quedarse, por una parte porque el ofrecimiento de Estados Unidos de darles la bienvenida terminó; por otra, porque se encontraron haitianos de regiones similares en un mismo punto y decidieron instalarse como una medida de precaución y seguridad ante el acoso tanto de grupos delincuenciales como de las propias instituciones del Estado (Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas, 2022).

Los haitianos se convirtieron en unos pocos días en un grupo altamente mencionado en los medios de comunicación y de fuerte presencia en los canales habituales de la academia y los interesados en el tema. Poco más tarde fueron también percibidos entre la población y, finalmente, por las autoridades. A mi parecer, los grupos delincuenciales que los acosaban desde Centroamérica estaban conscientes de su presencia en zonas de alto riesgo como la periferia de Tijuana y de Mexicali.

De esta manera, las comunidades haitianas, cuyo origen organizacional es distinto de las comunidades centroamericanas, hallaron en México un espacio afín a sus prácticas comunitarias, asentándose en lugares marginados, pero conectados entre sí por sus lazos nacionales, comunitarios y familiares, al parecer, muy importantes en su organización social (Miranda, 2021).

Este tipo de organización es familiar, aunque no necesariamente filial, es decir, la pertenencia echó raíces entre las personas que se acompañaban durante el viaje y establecieron lazos, al grado de ser considerados como parte de una familia, extendiendo los lazos a una comunidad más amplia. Estos casos no fueron sistemáticos, pero sí reconocidos por la propia comunidad, como mi propia experiencia etnográfica ha identificado.

Para mostrar cómo funcionan estos mecanismos dentro del flujo migrante y de la movilidad de las familias haitianas establecidas en la Ciudad de México, citaré el caso de la familia Marcand, de la localidad de Jacmel, en la parte sur de la península de Puerto Príncipe. El grupo principal familiar salió de su país en el año 2012, atraídos por las narrativas de otros vecinos suyos que trabajaban en Brasil como albañiles y como cargadores en ciudades como Sao Paulo y Brasilia.

Este grupo principal estuvo integrado por doce hombres, seis mujeres y cuatro niños que viajaron en barco hasta Río de Janeiro y trabajaron en cada pequeña comunidad que encontraban, reuniendo recursos para continuar el viaje. Quiero señalar que la manera en que salieron de Haití fue negociando un préstamo con plazo a tres años y pagando con trabajo inmediato en cada lugar que encontraban. Este tipo de control los obligó a llevarse mucho más tiempo del que pensaban trabajando para pagar su deuda y los gastos inmediatos de su manutención.

Como fueron enganchados por los mismos traficantes que se llevaron inicialmente a sus vecinos, los Marcand se fueron con confianza de que podrían en algún momento saldar su deuda y dedicarse a trabajar para ellos, de preferencia en los Estados Unidos. Este tipo de tratos al parecer fueron muy comunes porque fue la manera más inmediata que muchos haitianos encontraron para salir de su país y dirigirse a Brasil, el destino prioritario de todos.

Los Marcand fueron creciendo en número debido que se unieron a ellos cuatro varones más y una mujer con un niño pequeño. A estos nuevos integrantes, de apellidos distintos a los Marcand, se les reconoció como parientes cuando atravesaron juntos El Darién, la región selvática comprendida entre Colombia y Panamá y generalmente una experiencia penosa y terrible para los migrantes. En ese lugar murió el hombre más viejo del grupo, llamado Atién, quién además ocupaba un lugar especial dentro de la jerarquía familiar de los Marcand,porque era su *hongan*, su líder, quién dirigía la vida espiritual de la familia y realizaba hechizos de vudú para su protección.

Quién se encargaría en adelante del cuidado espiritual de la familia sería Jacqué, la *mambo*. Es significativo que ella escogiera a dos varones fuera de su familia como *hounsi* o ayudantes y cuidadores, motivada quizá por la necesidad de que los varones de su núcleo trabajaran con más ahínco y los dos *hounsis* pudieran tener más tiempo para sus actividades mágicas. Esta forma de organización no necesariamente corresponde con la forma tradicional de una familia en su lugar de origen, pero los Marcand improvisaron dentro de un marco específico de relaciones familiares, sustituyendo sus relaciones tradicionales.

Cuando llegaron a México en autobús por la frontera de Tapachula, Chiapas, ya se habían unido a ellos en Centroamérica dos mujeres y un varón más –Mercier; con él eran ya 17 hombres–. Este grupo trabajó en el sur del país casi un año, reuniendo los últimos pagos de su deuda. El nuevo integrante del grupo familiar aportó más dinero para liquidar la deuda de todo el grupo. Además, gestionaron cuentas de ahorro en cada país y consiguieron viviendas y escuelas para el grupo.

En la Ciudad de México pudieron instalarse en la zona sur, en la alcaldía Tláhuac. El lugar no es amable y tiene familias de bajos recursos luchando día con día para sobrevivir. Mercier pudo encontrar tres viviendas en esa zona a bajo precio y tomó en cuenta las facilidades del transporte y la escuela para los demás. En este proceso de asentarse en un lugar y dejar el campamento que se instaló en la Terminal de Autobuses del Norte, la familia Marcand perdió dos miembros.

Uribe y Zatoá fueron detenidos por miembros del Instituto Nacional de Migración durante una redada dentro de las instalaciones de la Terminal de Autobuses del Norte. Según palabras de la familia, fueron tratados con violencia y recluidos inmediatamente en una camioneta. Les quitaron sus pertenencias, sus teléfonos y el dinero que llevaban. Uribe había sido asaltado unas semanas atrás en Veracruz y le habían herido la cara. También Zatoá había sido víctima de robo.

Durante su estancia en el campamento, de amplia mayoría venezolana, la familia Marcand tuvo a varios de sus miembros enfermos o sufriendo violencia en medio de las casas improvisadas y la avenida Eje Central Lázaro Cárdenas. Los asaltos a Uribe y Zatoá les hizo ver que peligraban en ese lugar. Fue entonces cuando la magia hizo su aparición.

Al no tener noticias de sus familiares perdidos la *mambo,* Jacqué, tuvo varios sueños en los que se contactaba con los espíritus tutelares de su familia. Estos espíritus los habían guiado desde Brasil y les habían dado más o menos una brújula sobrenatural para permanecer seguros. Jacqué soñó varias veces con un atado de piñas que estaban en la arena y eran arrastradas por el mar. Interpretaron que esto representaba a su familia siendo llevada por algún tipo de fuerza que los hacía perderse, aunque estuvieran juntos. Varios días meditó sobre sus sueños y lo consultó con sus ayudantes *hounsi*. Uno de ellos, Selvié, tuvo un sueño en que una voz, saliendo de una cueva, le decía su nombre. En la forma de concebir sus sueños, algunas prácticas vudú relaciona las cuevas con lugares donde vivir, por lo que se supuso que debían buscar un lugar donde asentarse lejos del peligro.

En el campamento donde residían cuando llegaron a la Ciudad de México, la *mambo* fue requerida por varios venezolanos para que hiciera trabajos de magia. Le pedían cuidado para ellos y muerte para sus enemigos. Según Jacqué, la muerte en el vudú es el siguiente estado espiritual de cada persona. Cuando alguien muere por un embrujo entra en un espacio parecido al limbo, donde puede ser llamado por los sacerdotes vudús o puede ser enviado al cielo. Jacqué consideraba cada trabajo una obligación penosa porque sentía que estaba haciendo mal las cosas, agrediendo a los mexicanos que los habían recibido tan bien.

Cuando la *mambo* se dio cuenta de que su familia peligraba en el campamento y sus sueños revelaban que se enfrentaba a un peligro muy grande, decidió que había que buscar un lugar donde asentarse. Eso significaba una serie de sacrificios muy grandes para todos porque los alquileres en la Ciudad de México eran muy caros y ellos obtenían apenas unos cuantos pesos para su manutención. El otro problema es que la ciudad era tremendamente grande, más grande de lo que ella había conocido hasta entonces y lo consideraba un lugar con mucha magia y muchos peligros.

Hago un pequeño paréntesis para narrar cómo en una ocasión que Jacqué buscaba algo qué hacer en las instalaciones de la Terminal de Autobuses del Norte, llevaba un par de horas pidiendo monedas y cargando maletas para conseguir unos pesos, alguien le avisó que acababa de llegar una patrulla del Instituto Nacional de Migración y que buscarían llevarse a alguien consigo. Esto alertó a la *mambo*, quien inmediatamente rezó y se cortó discretamente la mano para pedir un encantamiento para que los policías no la vieran a ella ni a los suyos en ese lugar y no se los llevaran. Ella pidió por la familia: el hecho de que no se llevaran a los dos nuevos miembros de la familia quería decir que ya estaban integrados y pertenecían al mismo grupo.

Fue por esos días que los sueños de la familia comenzaron a formar en el grupo la idea de moverse e instalarse en otro lugar. La *mambo* dijo que no era conveniente mudarse a otra ciudad cercana, que la Ciudad de México era un lugar lleno de magia que podían usar para cuidarse. Los demás miembros aceptaron y Mercier, uno de los recién aceptados, buscó un lugar donde poderse instalar. Para ello, la *mambo,* le dio un hechizo especial; le aclaró la mirada para que pudiera descubrir el mejor lugar para ellos. Después de algunos meses, Mercier recorrió la zona de Tláhuac, donde ya vivían otros haitianos que le recomendaron la colonia San Miguel Zapotitla, nombre del cristianismo que tiene su equivalencia en el vudú en Belié Belcan Toné, como después reflexionaría la *mambo*: el protector contra el mal y patrón de la justicia, precisamente lo que los Marcand estaban buscando.

Cuando lograron instalarse en su nueva vecindad, los Marcand buscaron trabajo intentando integrarse de la manera más correcta posible, como una estrategia para ser reconocidos por parte del grupo receptor, los vecinos de su colonia. Jaqué entendió que la Ciudad de México es tan grande que solo puedes conocer a tus vecinos y que te conviene estar bien con ellos. Por ello hizo varios rituales de consagración que no fueron vistos por sus vecinos, pero sí percibidos por el olfato de quienes rondaban por ahí.

Cuando hago referencia a reconocer las estrategias de las comunidades migrantes que se asientan en México quiero decir que es importante tomar en cuenta lo que significa para estas comunidades estar en peligro y cómo se adecúan a sus espacios locales e interactúan con ellos. Esto puede ser el principio de una política de reconocimiento de las diferencias que existen en la percepción del riesgo y sus políticas de dominio y seguridad. Los haitianos han sido recibidos de manera más o menos benevolente, pero siempre con cierta resistencia y recelo hacia sus prácticas religiosas, que son estratégicas también en el sentido de que ordenan la vida cotidiana, su economía y sus andanzas.

Para entender las particularidades de las decisiones de estos grupos migrantes no podemos dejar de considerar la manera de resolver y abordar sus problemáticas: la religión y el pensamiento ligados a la magia, han resultado determinantes para justificar su establecimiento en el país, su eficiente inserción y su capacidad de trabajo. Existen otros factores desde luego, pero esos pertenecen a la geopolítica o al derecho, espacios siempre en contienda y que han encontrado dificultades para proteger a estas comunidades de migrantes.

Es por ello que Jacqué, ha construido, con base en dos vías, -la de sus creencias vudú y la de la experiencia de su movilidad como migrante-, nuevas prácticas de magia que pueden ayudar a conservar de mejor manera los vínculos, la salud y la prosperidad de su grupo familiar.

Quiero concluir, describiendo las prácticas mágicas de vudú que la *mambo* de los Marcand ha ido construyendo. Estas prácticas contienen tanto el conocimiento sobre el vudú de su lugar de origen, como el conocimiento adquirido de sus experiencias de nuevos contactos en Brasil, Colombia y Panamá y sin duda México.

Estas prácticas mágicas tienen un fin en particular: lograr la prosperidad de su grupo familiar. Están divididas en dos: las prácticas inmanentes, directamente consagradas a los valores y creencias de los Marcand, hechas para mantener su identidad y por lo tanto sus poderes. Por su parte, las prácticas resolutivas encubren, satisfacen y obligan. Evidentemente, esta clasificación es el resultado de mis charlas con algunos miembros de la familia, lo que me permite afirmar que dentro del debate de la identidad existe un espacio en donde la magia confirma los vínculos de comunidad y les da sentido.

Las prácticas inmanentes mantienen la identidad y el poder dentro de la familia, no exigen una endogamia muy severa. Es preferible casarse con alguien del terruño a casarse con alguien extranjero, pero no es forzoso. En ese sentido, la identidad está dada por el lenguaje que es el criollo, mezcla de francés, inglés y palabras aborígenes locales de Haití. Esa identificación también está dada por características del grupo como migrantes: la ropa, los teléfonos, el trabajo y la residencia como buenos vecinos, así como su participación en actividades locales como equipos deportivos, bailes y fiestas.

Otro elemento de la identidad haitiana que el vudú construye es precisamente el del pensamiento mágico, el cual les da una manera de entender y asumir los hechos basada en las predicciones, indicaciones y advertencias de sus patrones y espíritus. Muchas de sus acciones están dirigidas por las prácticas vudú, como la elección de un lugar para vivir (como la Ciudad de México reconocido como un lugar mágico).

Las prácticas resolutivas tienen como propósito conseguir trabajo, vivienda y educación, así como insertarse dentro del grupo social local de la manera más eficiente. También se busca con estas acciones volver invisibles a los miembros de la familia ante las amenazas que supone el Estado, como la experiencia de Jacqué en la Terminal de Autobuses del Norte. Esto quiere decir que un número importante de rituales y prácticas están dirigidas a protegerse de ser detenidos como inmigrantes ilegales.

Los dos rituales más importantes son: consagrar a Papá Legba, el anciano cubierto por harapos, a los familiares de la *mambo*; esta figura mágica es quien cuida los caminos y a quienes van en él. La consagración se da a través de una ceremonia en donde hay cánticos y rezos para pedir su ayuda y volverse invisibles, este es el término qué usan en francés: *invisible*. De esta manera su protección se extiende al grupo para poder prosperar, porque los haitianos invisibles trabajan mejor, pueden tener más dinero y salir adelante.

La otra manera es construir un altar a Belié Belcán o San Miguel, que según la interpretación de la *mambo,* defendió a los cristianos del demonio y usó una espada para con aquellos que fueron crueles con quienes eran sus devotos. Esta creencia se traslada al contexto migrante cuando la *mambo* busca cuidar a sus familiares de las agresiones y las detenciones que pueden sufrir. De esta manera, un altar revela la devoción por su culto e implora su protección. Cada ofrenda, como la cera y la comida, está destinada a allanar el camino de sombras por el que se mueven los migrantes, a iluminarlo cuando necesitan encontrar trabajo, salud o vivienda, como me lo mencionó la *mambo*.

Esta adecuación de la realidad migrante a las prácticas mágicas del vudú muestra cómo los haitianos estratégicamente las usan para sobrevivir en un entorno que les es adverso. Por ello mantienen hasta donde les es posible la figura del sacerdote central o *mambo,* para conservar el poder de cuidarse y prosperar, así como una herramienta de identidad para acercarse y reconocerse en un entorno que no necesariamente promueve su unión y su prosperidad.

Concluyo diciendo que los haitianos en la Ciudad de México han sido recibidos por parte de la sociedad de manera más o menos benevolente, que el Estado ha ignorado su presencia o que se encuentra incapacitado para ayudarles. Los migrantes mismos han esquivado con mayor o menor suerte a los grupos delincuenciales y a las instituciones que los persiguen. Estos viajantes se han integrado con un ritmo pausado pero constante a sus nuevos espacios y su presencia, ahora cotidiana, es el resultado de sus buenas prácticas de convivencia que están sostenidas en la magia, un recurso a la vez social y económico, y que puede volverse política en menos de lo que pensamos.

REFERENCIAS

Arias, P. y Durand, J. (2008). *Mexicanos en Chicago. Diarios de Robert Redfield 1924-1925*. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara; Centro Universitario de los Lagos de la Universidad de Guadalajara; El Colegio de San Luis.

Durand, J. (2017). *Una historia mínima de la migración México-Estados Unidos*. El Colegio de México.

Fuentes Reyes, G. y Ortiz Ramírez, L. R. (2012). El migrante centroamericano en su paso por México: una revisión a su condición social desde la perspectiva de los derechos humanos. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, *19*(58), 157-182.

Miranda, B. (2021). Movilidades haitianas en el corredor México-Brasil: efectos del control migratorio y de la securitización fronteriza. *Périplos. Revista de Investigación en Migraciones*, *5*(1), 108-130.

Montoya Ortiz, M. S. y Sandoval Forero, E. A. (2018). Migrantes haitianos en México: un nuevo escenario migratorio. *Huellas de la Migración*, *3*(6), 133-156.

Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas. (2022). *Boletín de estadísticas sobre delitos perpetrados en contra de personas migrantes irregulares en México 2022*. Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas.